

≡ EL CABALLO NEGRO ≡

Beatriz Helena Arregui Contreras



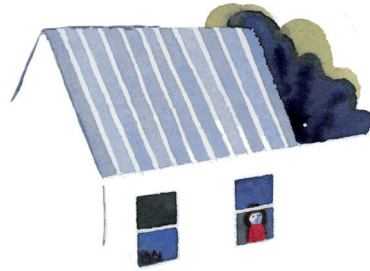
13 años
Aysén

Primer lugar regional

Ilustración: Isabel Hojas

Era el primer día de clases. Había empezado un nuevo año en la ciudad de Aysén. Tenían horarios distintos en el colegio y había llegado alguien nuevo a mi curso. En realidad, no le presté mucha atención, ya que creí que era como cualquier otro chico. Ni siquiera me molesté en saber su nombre. Luego de una semana, el profesor jefe cambió de puesto a cada uno de mis compañeros. Me sentaron al lado de una amiga, y luego, me fijé de que en el puesto de adelante estaba el recién llegado. En cuanto lo vi de cerca, me di cuenta de que era completamente diferente a lo que yo pensaba. Tenía una piel tan blanca que hacía que su cabello y sus ojos color azabache, resaltaran más en su rostro. También me di cuenta, de que no le importaba lo que el resto pensara de él. Cuando se le metía algo en la cabeza, no había nadie que lo frenara. Él era completamente distinto a lo común, al colegio, al resto de los alumnos y a cualquier joven que hubiera conocido.

Un día, después de una extensa jornada de clases, en la tarde me tocó cuidar a mis dos hermanos menores, ya que mis papás seguían trabajando y mi hermana mayor había salido a la casa de una de sus amigas. Así que yo, tuve que encargarme de ellos. No tenía nada que hacer, pues mis dos familiares estaban tranquilos viendo la televisión, así que me senté en un sillón que quedaba junto a la ventana y que tenía vista a la calle de mi barrio. Me quedé mirando por la ventana, hasta que desvié la vista para fijarme en la hora que marcaba mi teléfono. Eran las 17:23. Antes de volver a dejar mi celular en su lugar, comencé a escuchar unos pasos que llamaron mi atención, unos pasos que iban acercándose desde lo lejos. Por unos segundos, creí que eran los tacos de una mujer, pero descarté esa idea al darme cuenta de que estos eran más pesados que los de una persona. Cuando las pisadas estuvieron cerca, miré en dirección hacia el lugar desde donde provenían aquellos extraños pasos. Era un caballo, un caballo pasando completamente solo por la calle. Era negro, un color tan negro, que por ser el



atardecer, se llegaban a ver leves destellos azulados. La única parte de su cuerpo que no tenía este tono era su frente, la cual tenía una mancha muy blanca. Cuando lo vi, sentí que algo en este animal me resultaba diferente, pero familiar, sin tener en cuenta de que estaba solo. No había ningún perro ladrando, no había nadie tras él, ni siquiera llevaba una montura. Comencé a mirar a los alrededores para ver si había alguna persona que lo frenara, pero no, nadie estaba ahí para detenerlo.

Cuando llegó el resto de mis familiares, les conté lo sucedido, pero nadie le dio tanta importancia, como yo se la di. Esa noche me sentí intranquila, como si lo sucedido tuviera un significado que no podía comprender, pero en el fondo sabía que era importante y que no lo podía dejar pasar.

Al día siguiente, noté que el puesto de adelante estaba vacío. Por supuesto, a nadie pareció llamarle la atención, pero yo sentía que algo andaba mal. Comenzó a estar vacío por casi una semana, hasta que un día, el director del colegio nos informó que lamentablemente, nuestro nuevo compañero había desaparecido hace un tiempo, y que no habían encontrado ni un rastro de él.

Desde este hecho, a veces en la noche me despierto al escuchar pasos de caballo que vienen desde afuera, pero al mirar por la ventana, me doy cuenta de que simplemente es la brisa y la oscuridad de la noche patagónica.